

## **Filosofía e historia, ¿un diálogo de sordos? Puntos de contacto en los debates en torno a la experiencia histórica entre 1890 y 1960**

### **Philosophy and History, a Dialogue of the Deaf? Points of Contact in the Debates Concerning Historical Experience Between 1890 and 1960**

Agustín Rojas  
Universidad Nacional de Córdoba  
(Argentina)  
rojasagustin033@gmail.com

#### **Resumen**

El siguiente trabajo interpreta, desde una historia intelectual, los particulares vínculos entre la historiografía y la filosofía previas al “giro narrativista”. Para ello se han escogido, en cuanto a contextos pragmáticos de análisis, los debates filosóficos e historiográficos más relevantes ocurridos entre las décadas de 1890 y 1960, escenarios en donde se ponen en discusión las matrices epistémicas que moldeaban la “operación historiográfica”. Al identificar los principales núcleos problemáticos, es posible acceder a las bases primitivas de la teoría de la historia. El estudio de los debates permite exorcizar los mitos de singularidad e iluminar la circulación de las ideas, los mecanismos de recepción y diversidad de campos semánticos. El objetivo de este artículo es examinar los alcances y límites de los proyectos historiográficos occidentales en sus vínculos tensos con la filosofía. Sin desconocer la pobreza filosófica de la ciencia histórica en sus comienzos, a través de este rastreo se pueden destacar intersticios insospechados.

#### **Palabras claves:**

Controversias intelectuales, historiografía, filosofía, modernidad

#### **Abstract**

This work examines, from a viewpoint of intellectual history, the particular links between historiography and philosophy prior to the “narrativist turn”. For this purpose, as much as pragmatic contexts of analysis are concerned, the foremost philosophical and historiographical debates, taken place between the 1890s and the 1960s, have been chosen, scenarios in which the epistemic matrices, shaping the so-called “historiographical operation”, are discussed. By identifying the main nuclear topics, it is possible to access the primitive foundations of the theory of history. In this way, the study of the debates makes it possible to exorcise the myths of singularity and illuminate the circulation of ideas, the mechanisms of reception, and the diversity of semantic fields. The objective of this article is to examine the scope and limits of Western historiographical projects in their tensions

regarding philosophy. Without ignoring the philosophical poverty of historical science in its beginnings, unsuspected interstices can be highlighted through this search.

## **Keywords**

Intellectual controversies, historiography, philosophy, modernity

## **Introducción**

Este trabajo forma parte de una investigación en curso en torno a los desafíos epistémicos de la historia. Desde una historia intelectual, se iluminan las inmediatas consecuencias filosóficas del triunfante “giro historicista” y, asimismo, resistido en los círculos académicos occidentales entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX.<sup>1</sup> La experiencia histórica ha presenciado redefiniciones, cuestionamientos e interrogantes de densidad disímil. *Historicidad, conciencia y comprensión históricas* formaron parte de la amplia galaxia intelectual e inclusive del gran público. Si bien los historiadores europeos decimonónicos lograron configurar un campo disciplinar escindiendo con esmero la historiografía de la filosofía de la historia, no cabe duda de que los historiadores siempre se apoyaron en tradiciones filosóficas.<sup>2</sup>

Indagar estos procesos culturales permite comprender mejor los desafíos de la historia como disciplina. Con respecto a los contextos pragmáticos a explorar, se ha procedido delimitar las décadas de 1890 y 1960. Las principales matrices epistemológicas fueron puestas entonces en discusión. A lo largo de este período, diferentes corrientes tales como el neokantismo, la filosofía crítica de la historia, la fenomenología, el neopositivismo, la hermenéutica, el existencialismo y el estructuralismo, interpretaron con una profundidad hasta el momento rara vez alcanzada los problemas epistémicos derivados de la historicidad.<sup>3</sup> De los debates acerca de cómo concebir la “experiencia histórica”, derivarían los núcleos problemáticos de la teoría de la historia.<sup>4</sup> Sin duda, los diálogos y contrapuntos con la herencia ilustrada de Immanuel Kant solidificaron sus bases.

Cuando algunos historiadores, entre las décadas de 1980 y 1990, procuraron hacer un balance y buscar otra piedra de toque donde sustentar un nuevo criterio de verdad, exhibieron un renovado interés hacia las bases de la teoría de la historia.<sup>5</sup> Durante muchas décadas se ha

---

<sup>1</sup> Frederick Beiser, *The German Historicist Tradition* (Oxford: OUP, 2011), 2-6.

<sup>2</sup> Chris Lorenz, *Entre filosofía e historia* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 21-23.

<sup>3</sup> Véase François Dosse, *La historia. Conceptos y escrituras* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2004), Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago de Chile, FCE, 2012) y Frederick Beiser, *The Genesis of Neo-Kantianism, 1796-1880* (Oxford: OUP, 2014).

<sup>4</sup> Martin Jay, *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal* (Buenos Aires: Paidós, 2009), 15-24.

<sup>5</sup> Quizá uno de los historiadores más eruditos y sensibles respecto a la reflexión teórica, Carlo Ginzburg, reflexionó hondamente sobre el oficio del historiador arriesgando una mirada ciertamente ecléctica, pero sin renunciar a criterios de referencialidad realistas. Posteriormente, abogando por una “razón pragmática”, Gérard Noiriel apeló concretamente por una nueva noción de objetividad histórica superadora tanto de los embates del relativismo como del realismo naturalista. Un similar trabajado puede apreciarse en Antoine Prost defendiendo la verdad histórica contra su disolución en cualquier forma de ficción. Véase: Carlo Ginzburg, *El hilo y las*

creído que, además de Clío, otro ícono clásico apropiado para representar la historia era precisamente Diógenes el cínico, filósofo orgulloso de su rudimentaria autosuficiencia. Es indudable que la historia cultivó cierta pobreza filosófica al punto de afectar su propia reflexividad. De todas maneras, es imposible ignorar numerosos puntos de contacto entre la historia y la filosofía dentro de la teoría de la historia mucho antes de propagarse el “giro narrativista”. Más allá de que esas tensiones y controversias no implicaron siempre la inmediata transfiguración del *habitus*, tarde o temprano era palpable un impacto institucional capaz de conmover las academias.

Al explorar con detenimiento los núcleos temáticos aludidos, se advierte que los problemas y matrices más gravitantes sobre el conocimiento histórico se manifestaron en planteos de diversas disciplinas como la Filosofía, la Sociología, la Antropología, el Derecho y la Economía. Indagar los debates centrales permite iluminar los ejes urticantes, así como las inflexiones y giros coactivos sobre las prácticas.<sup>6</sup> De tal modo es posible esclarecer la vitalidad de la teoría de la historia previa al giro lingüístico, narrativo y memorial desarrollado entre las décadas de los años 1960 y 1990. En lugar de abarcar las recepciones y contextos pragmáticos de los autores, la historia de las ideas tradicional a menudo se focaliza en el lugar de enunciación descuidando la circulación de las ideas y la envergadura de los campos de disputa. La historia de los debates, precisamente, permite romper con esos cercos artificiales que culminan ilusoriamente en mitos de singularidad. Desde una perspectiva renovada, estos problemas fueron sobradamente atendidos por diversas disciplinas abocadas a una perspectiva pragmática del lenguaje y la historia de la filosofía.

A partir de ejes estructurantes se identificarán cómo disímiles intelectuales, en diferentes contextos y momentos de su trayectoria, terminaron adoptando una posición determinada con respecto a: 1) las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico; 2) el carácter ontológico y constitutivo de la historicidad; y 3) la demarcación disciplinar específica de la historia y sus disciplinas hermanas. Primero se procederá a presentar los grandes debates dentro de la filosofía de la historia y sus detractores a comienzos del siglo XX, para luego exhibir los diálogos y hermetismos desprendidos en este sentido por el campo historiográfico. En cuanto a los interrogantes que orientarán el análisis, son los siguientes: ¿cuál fue el vínculo epistemológico del neokantismo con la teoría de la historia? ¿qué corrientes filosóficas reaccionaron adversamente contra estos postulados reflexionando especialmente sobre la experiencia histórica? ¿cómo se posicionaron las principales escuelas historiográficas frente a las controversias imperantes?

### **El hiato entre pasado y conocimiento histórico**

Transformaciones que hasta entonces habían permanecido focalizadas en las sociedades occidentales, desde los siglos XVI, XVII y XVIII comenzaban a trasladarse a diferentes ángulos del planeta. Las revoluciones burguesas y los movimientos

---

*huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio* (Buenos Aires: FCE, 2010), Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia* (Madrid: Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, 1997) y Antoine Prost (*Doce lecciones sobre historia*, Barcelona: Ediciones Cátedra, 2001).

<sup>6</sup> Quentin Skinner, *Lenguaje, política e historia* (Quilmes: Bernal, 2007).

contrarrevolucionarios inmediatos imprimieron aquella marca particular que, de acuerdo a Reinhart Koselleck, tensionaron dentro de las vivencias colectivas modernas el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativa”. Durante el período de la “Paz Armada” europea, se tornó visible la agonía de corrientes asociadas a algunas versiones radicales del idealismo mientras penetraban en todos los escenarios imágenes de una cultura histórica apoyada en la ciencia y el nacionalismo. El llamado “siglo de los historiadores” coincidió con la lenta preparación para las guerras mundiales.

En Alemania, se propagaban ejemplarmente reflexiones exhaustivas sobre la ciencia y el horizonte de su radio cognitivo. La filosofía de la historia del popular Georg W. F. Hegel (1770-1831), de su encumbramiento inicial pasó rápidamente a ser estigmatizada como “especulativa” y estéril. Podría asegurarse que, básicamente, se convirtió en un “deporte intelectual” el ejercicio de despreciar su masiva influencia. Tal *communis opinio* existe en filósofos imposibles de adscribir a única filiación intelectual o escuela. Un ejemplo meritorio lo constituye Friedrich W. Nietzsche (1844-1900). Siendo una figura más bien marginal recuperada póstumamente, juzgó severamente a Hegel. Como filólogo dio un paso muy sagaz y se convirtió en un crítico de la cultura burguesa europea al diseccionarla y examinar sus artificios. La política de la historia propugnada por los estados europeos fue calificada por Nietzsche de “mala mitología”.<sup>7</sup> Poco pudo dialogar con sus coetáneos, transformándose décadas después en uno de los filósofos centrales del siglo XX.

No deja de resultar curioso que la demonizada obra de Hegel, en efecto, había colaborado en instalar como pocos el concepto de historia bajo una versión emanantista. Rivalizando valientemente con los primeros historiadores profesionales, se había animado a ofrecer un cuadro teleológico y profético convirtiendo a la historia en una teodicea del devenir humano en la cual se asomaba la Providencia.<sup>8</sup> Cabe aclarar que su intención era una “visión racional” de la historia. Dándole al idealismo un impulso radical dentro de un giro dialéctico fichteano, concibió el halo de un “Espíritu Absoluto” encaminando el curso de la existencia humana irremediamente hacia la Libertad. De acuerdo a José Carlos Bermejo, los grandes filósofos alemanes impulsaron “(...) el subjetivismo reivindicando de nuevo la identidad entre ser y conocer y entre ser y deber ser. Una identidad que pasaría a ser posible introduciendo la temporalidad en la metafísica mediante el desarrollo de la dialéctica”.<sup>9</sup> En cuanto a los intentos de significar bajo la órbita filosófica el saber histórico, Hegel fue

---

<sup>7</sup> En diferentes intervenciones, distingue la historia promulgada por los historiadores de la vida histórica imposible de ser subsumida a una “ciencia pura”. Esclarece entonces diversos modelos de historia y apropiaciones de acuerdo a la cultura concluyendo que un exceso de historia puede ser dañino para la vida. Sumándose al romanticismo tardío acudió a la historia. Pero no precisamente para celebrar un mito de origen nacional, sino lo contrario. Encontró en la “historia monumental” una enfermedad, una sobresaturación injustificable. La “conciencia histórica” abogada por los estados europeos se asemejaba, de acuerdo a Nietzsche, a un grotesco cuadro perjudicial. De todos modos, se sirvió de la historia, pero desde las herramientas que le proveía su formación filológica y filosófica. Su cuestionamiento al orden moral burgués-cristiano necesitó indefectiblemente abrazar a la historicidad para sostener axiomas como el de “No hay hechos eternos como tampoco verdades absolutas”. Véase: Rüdiger Safranski, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento* (Barcelona: Tusquets, 2000).

<sup>8</sup> David Carr, *Experiencia e historia. Perspectivas fenomenológicas sobre el mundo histórico* (Buenos Aires: Prometeo, 2017), 110.

<sup>9</sup> José Carlos Bermejo, “Reactualización, empatía e historia”, *Historiografías, revista de historia y teoría*, 19 (enero-junio 2020), 6.

responsable de acercamientos de carácter teórico. En rigor, diferenciaba la *historia pragmática* cultivada por los antiguos, la *historia genética* propuesta por el historicismo y la *historia filosófica* enarbolada por su pensamiento. Pero la diferenciación que obtendría elevadas (e insospechadas) consecuencias fue la siguiente:

La palabra historia reúne en nuestra lengua el sentido objetivo y el subjetivo: significa tanto *historiam rerum gestarum* como las *res gestas* mismas, tanto la narración como los hechos y acontecimientos. Debemos considerar esta unión de ambas acepciones como algo más que una casualidad externa; significa que la narración histórica aparece simultáneamente con los hechos y acontecimientos propiamente históricos. Un íntimo fundamento común las hace brotar juntas [...] Los espacios de tiempo que han transcurrido para los pueblos, antes de la historia escrita, ya nos lo figuremos de siglos o milenios, y aunque hayan estado repletos de revoluciones, migraciones, de las más violentas transformaciones, carecen de historia objetiva, porque no tienen historia subjetiva, narración histórica.<sup>10</sup>

El párrafo citado, que recuerda a expresiones casi idénticas pronunciadas por historiadores críticos del filósofo idealista como Leopoldo von Ranke (1795-1886), garantizaría a la teoría de la historia un instrumento pragmático. La discusión por la verosimilitud de los “pueblos sin historia” y el hiato entre pasado e historiografía estimularía, a partir de entonces, debates resonantes. En realidad, la “conciencia histórica” estaba lejos de tratarse de un privilegio universal, siendo más bien un atributo del sujeto europeo en calidad de hacedor moderno del devenir tal como lo fueron los egipcios y griegos en su tiempo. Un historiador paradójicamente antihegeliano, el suizo Jacob Burckhardt (1818-1897), en *Reflexiones sobre la historia universal* (1896) concordaba con el esquema ontológico mencionado: “Los bárbaros, que no rompen jamás su envoltura cultural como algo dado y concreto, son los únicos que no se aprovechan de esta ventaja. Su barbarie es su ausencia de historia y viceversa”.<sup>11</sup> A partir de la secularización de la teodicea de Hegel despojándole de la trama finalista, cada sujeto individual o colectivo que comprendiera su pasado era capaz de: a) autopercebirse como constructor de la historia y adoptar una postura ética; y b) alcanzar una autocomprensión global y desplegar su libertad.

Muchos entusiastas se habían sumado al fervor metahistórico gravitado por la seductora idea de un progreso y la trama histórica explicada a partir de un conflicto entre elementos opuestos. Sin ceder al abismo del “Espíritu absoluto”, a la mayoría se los intelectuales les interesó la historia como estudio concreto de la acción y la intención, es decir, un conocimiento sobre el cambio social y los factores que animaban tales movimientos. La tradición iluminista había dejado en claro una imagen de la historia como totalidad de sentido. Quizá uno de los exponentes haya sido el filósofo alemán Karl Marx (1818-1883). Desde una posición materialista, encontró en la explicación hegeliana una dimensión ético-política. Sumándole además esquemas de la Ilustración, expuso la expansión del capitalismo y el devenir de los futuros modos de producción culminando, felizmente, en el comunismo como anticipación lógica. Pero no solo los discípulos de Hegel capitalizaron estas aproximaciones. Perfiles ciertamente diferentes, como el caso del historiador romántico francés Jules Michelet (1798-1874), alimentaron su praxis política entroncada en un republicanismo liberal. Inspirándose en Giambattista Vico o Johann Herder, acabó también

---

<sup>10</sup> Friedrich Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (Madrid: Alianza, 1999), 137.

<sup>11</sup> Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal* (Buenos Aires: FCE, 1961), 50.

coincidiendo con Marx en la metáfora de la masa revolucionaria conduciendo triunfalmente la historia hacia el progreso. Desde una concepción básicamente libertaria, para Marx la Revolución del Proletariado y para Michelet la Revolución Francesa funcionaban como aceleradoras universales de la historia.

Uno de los herederos más fieles del idealismo hegeliano en el siglo XIX, puede encontrarse en el liberal italiano Benedetto Croce (1866-1952). Se burlaba de las posturas naturalistas las cuales consentían en la posibilidad de copiar la realidad del mundo externo. La evolución histórica era nada menos que un reflejo de la subjetividad. A diferencia del determinismo adjudicado a la “filosofía de la historia” tradicional, Croce concedía un espacio para la autonomía de la voluntad humana pero siempre en el marco teleológico de la libertad. La particularidad de su pensamiento lo constituye, en efecto, su fino conocimiento de la historiografía occidental. Considerando el hiato entre pasado e historiografía, en su obra clásica *Teoría e historia de la historiografía* (1917) cuestionaba el realismo ingenuo pronunciándose a favor de la vigilancia sobre el conocimiento histórico. Con estas palabras justificaba su máxima “toda historia es contemporánea”:

Pero si se desea pensar y expresarse con estricto rigor, solo debería llamarse *contemporánea* a la historia que nace de modo inmediato en el acto que se viene cumpliendo, como conciencia del acto; la historia que hago de mí, por ejemplo, en cuanto me dispongo a elaborar estas páginas, y que es el pensamiento de mi elaboración, unido a la tarea de realizarla. Sería correcto llamarla contemporánea en este caso, justamente porque se halla, como todo acto espiritual, fuera del tiempo.<sup>12</sup>

Su idealismo aceptaba la historia como equivalente de la realidad misma. Asimismo, lograba contemplar un horizonte gnoseológico dado que, en primer lugar, descartaba que la historia fuese conocimiento del pasado, y afirmaba, por el contrario, que la historia brota de las inquietudes del presente. Cada individuo accede a la experiencia histórica como acto de pensamiento. De manera que descartaba la tentativa romántica de proponer la *comprensión* como estrategia universal donde una conciencia accedía a su alteridad. Para justificar la unidad de la historia acudió al concepto de *vida*. Croce llegó a descartar la verosimilitud de las “pseudohistoriografías” –como la “historia poética” y la crónica- y la historia universal puesto que solo podía lograrse una *revivencia* individual de lo pretérito. Si bien había defendido el proyecto historicista, basado en un método heurístico y hermenéutico, no obstante realizó una crítica a aquellos “empiristas híbridos, sistemáticos o pedantes”, es decir, a los estudiosos volcados a los “hechos tocados” sin saber que son producto de sus ideas.

Los planteos croceanos obtuvieron recepciones favorables sobre todo en Italia y el mundo hispanoamericano. Sin embargo, esta filosofía no se comprometió de lleno con los debates más urticantes que convulsionaban las corrientes académicas: las embestidas historicistas contra cualquier tipo de absoluto y los esquemas abstractos de la Economía Política, el Derecho natural o iusnaturalismo y los postulados generales del liberalismo.<sup>13</sup> Cuestionar el determinismo y plantear que el fin de la historia es la libertad, sostener una

---

<sup>12</sup> Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía* (Buenos Aires: Escuela, 1955), 11.

<sup>13</sup> El polémico jurista austríaco Hans Kelsen apostó por autonomizar el derecho respecto de cualquier moral universal pretendida o derecho natural. Sus críticos –Leo Strauss entre ellos– denunciaron que el no reconocimiento de valores absolutos y transhistóricos conducía al nihilismo.

historia ontológicamente autónoma y a la vez intrínseca al individuo, además de formulaciones clásicas como que el historiador debe evitar juzgar el pasado según su subjetividad, daban cuenta de argumentos insuficientes. El historicismo, al enfatizar en que lo único inteligible era cada realidad particular y, encima, en permanente mutación, había avivado las llamas del relativismo. Probablemente, pese a su popularidad, la propuesta de Croce no había sido la más indicada para problematizar la complejidad de tales desafíos.

El divorcio con la filosofía de la historia había lesionado múltiples horizontes teóricos. Esta pérdida de reflexividad fue percibida tempranamente en Alemania. El historiador Ernst Troeltsch publicó *El historicismo y su problema* (1922) admitiendo una “crisis” inherente a este proyecto el cual moldeaba a la historia como “ciencia de lo particular”. Apreciación similar se encuentra en Karl Heussi en *La crisis del historicismo* (1932) al exponer la dificultad de conciliar la vida histórica con “el abismo de la individualidad”. En *La decadencia de Occidente* (1918), Oswald Spengler había extremado el particularismo histórico hasta las consecuencias más grotescas. Las academias que le habían abierto sus puertas al historicismo para amortiguar a la razón abstracta, entonces debían lidiar con las secuelas de este *enfant terrible*.

### **La experiencia histórica desde el péndulo de la epistemología y la ontología**

El clima intelectual occidental cambió a fines del siglo XIX escindiéndose la moral y la filosofía de la ciencia. En este sentido, las disciplinas abocadas al estudio integral del ser humano asumieron con celeridad un “idealismo crítico” distanciándose, pues, de Hegel entendido como lamentable desviación. Es obligatorio destacar, en primer lugar, el neokantismo y sus diversas ramificaciones en otros países. El rechazo a las últimas reverberaciones del romanticismo y el consolidado prestigio de los avances científicos, en algunas universidades de Alemania, permitieron reinstalar al exime Immanuel Kant (1724-1804). En lugar de preguntarse por el sentido de la historia –como lo hacía el anterior clima de discusiones teleológico–, el catálogo kantiano integrado por ¿qué es y qué puede conocer la historia? ¿cuál es su finalidad? ¿cómo es factible la experiencia histórica? pasó a conformar la base casi obligatoria de las principales inquisiciones epistemológicas.

Los inicios de tal movimiento remiten a la necesidad de acudir a una teoría del conocimiento acorde a los desafíos científicos contemporáneos discriminando las concepciones metodológicas. Las opiniones cultas comenzaron a admitir que en la intimidad de la experiencia científica mediaban los aparatos sensoriales, categorías y conceptos del sujeto cognoscente.<sup>14</sup> Un físico y médico de renombre como Hermann von Helmholtz – conocido por sus trabajos de electromagnetismo– aceptaba que el conocimiento estaba restringido y distaba de ser una copia pura del mundo exterior. De la misma manera, en el campo de la fisiología se consideraba que la observación de los seres vivos estaba atravesada por ciertas categorías analíticas humanas y, por ende, en cierto modo su alcance universal parecía discutible. No era posible abordar los fenómenos desde ellos mismos. En el afán de pretender a la vez superar a Kant, cuando detallaban la fase de contacto con el mundo externo se desligaban de la noción nouménico (*cosa en sí*) remplazándolo por “concepto límite” sin un

---

<sup>14</sup> Frederick Beiser, *The Genesis of neo-Kantianism*, 4-8.

contenido positivo propiamente. En las disciplinas humanas esta clase de planteos se incorporaron con entusiasmo. Garantizaban, desde luego, una confiable plataforma epistemológica para abordar fenómenos demasiado complejos tales como las creencias, conductas y vivencias tanto individuales como colectivas, además de brindar también un justificativo para aquellas experiencias imposibles de ajustar a vínculos directos y manipulables empíricamente. Se esclarecía, así, un territorio plausible de transformarse en diferentes campos estudios.

Precisamente fueron dos los nodos universitarios que se distinguieron en Alemania por llevar la delantera en estos debates: la escuela de Marburgo y la escuela de Baden. La primera, organizada gracias a los impulsos de Friedrich Albert Lange (1828-1875) y Otto Liebmann (1840-1912), conservaron durante varias generaciones intereses netamente epistemológicos. Sus principales referentes Hermann Cohen (1842-1918) y Ernst Cassirer (1874-1945). La segunda, secundada en cambio por Wilhelm Windelband (1848-1915) y su discípulo Heinrich Rickert (1863-1936), pretendía fundamentar el problema de los valores y la metodología del conocimiento científico. Continuando más sistemáticamente la labor fragmentaria del ecléctico Wilhelm Dilthey (1833-1911), le despojaron de su velo vitalista para reinstalar sus reflexiones con fines gnoseológicos. Ambas coincidieron en cuestionar el naturalismo y el monismo neutral propios del positivismo. Por supuesto, la que mayor relevancia posee en relación al conocimiento histórico es la escuela de Baden.<sup>15</sup>

Del conjunto mencionado, pocos alcanzaron tanto reconcomiendo internacional como Cassirer. Su obra más célebre *Filosofía de las formas simbólicas* (1923) logró trascender el rudimentario bagaje analítico kantiano incorporando el símbolo como elemento para configurar los elementos de la cultura. Cuestionó el conocimiento científico como reflejo límpido del mundo externo. Retomando la tradición alemana –sobre todo la obra de Herder y Humboldt–, se focalizó en la cultura como dimensión netamente simbólica y expresada sin duda en el lenguaje. Entendido este último como “morfología espiritual”, era un indicativo de las conceptualizaciones desprendidas por cada sociedad particular. De esta manera abría un interesante campo de estudios al proponer la indagación de las expresiones lingüísticas como “problemas lógicos” abarcando, pues, la génesis de las palabras y sus posteriores derivaciones conceptuales de acuerdo a funciones específicas según cada contexto. Tales inquisiciones contaban con un exponente casi paralelo en el neogramático suizo Ferdinand de Saussure (1857-1913), quien lograría consolidar el enfoque estructural al proponer el “signo”, más que el símbolo, como especificidad humana.

La escuela de Baden, además de pretender superar el corpus kantiano, retomó especialmente la tortuosa obra de Dilthey la cual, en términos de José Ortega y Gasset, sería un “pensador tartamudo”. Su preocupación principal era elaborar una fundamentación consistente contra el spencerianismo y las tentativas de formular una ciencia de lo social bajo la égida de las ciencias de la naturaleza. En países vecinos comenzaban a prosperar aceleradamente este tipo de proyectos epistemológicos. En el Reino Unido, por ejemplo, el filósofo utilitarista y economista liberal John Stuart Mill (1806-1873) se apoyó en el empirismo lógico para establecer las bases de lo que llamaba Ciencias Morales. No ocultaba la tradición mecanicista/realista ansiosa de regularidades. Mientras que, en Francia, desde

---

<sup>15</sup>*Ibid.*, 26-28.

una aproximación similar Auguste Comte (1798-1857) desarrolló una decidida filosofía positiva proyectada sobre el estudio del orden social despreciando al idealismo de Kant al cual consideraba “metafísico” en tanto alusión peyorativa. Posteriormente, el sociólogo Émile Durkheim (1858-1917) había establecido la sociología académica formal con un énfasis firme en la investigación social práctica. El estudio de las creencias y prácticas condujo a invenciones conceptuales novedosas como “estructura”, entendida como categoría analítica de un deje holístico spinoziano. Claro que el programa de la sociología no tardaría en rivalizar el mismo territorio ocupado por la historia.

En diversos textos, a menudo redundantes y fragmentarios, Dilthey se propuso defender la autonomía de las disciplinas abocadas a lo social con respecto a las ciencias de la naturaleza dando pie a interferencias muy diversas como el neokantismo, la psicología, la literatura y la filosofía de la vida. Su proyecto de cabecera representaba un intento de culminar la crítica kantiana, una fundamentación gnoseológica y metodológica del conocimiento histórico. De manera similar a otros neokantianos, optó por la osadía de pretender superar al maestro Königsberg incorporando, con fuerte énfasis, la dimensión de la historicidad. Al encargarse de distinguir los “juicios determinantes” de los “juicios reflexionantes”, Kant había asumido que lo real era demasiado complejo para una sola capacidad de juicio. La conexión con el pasado se trataba, sin embargo, de una empresa improbable. Contra las únicas opciones legítimas de la experiencia cognoscitiva basada en la observación y manipulación de elementos empíricos o la razón trascendental (*Erfahrung*), Dilthey antepuso su concepto de experiencia vivida (*Erlebnis*). Explicando este punto preciso sostuvo lo siguiente:

Si excluimos unos pocos planteamientos, como los de Herder y Wilhelm von Humboldt, podemos decir que hasta hoy la teoría del conocimiento, tanto la empirista como la kantiana, explica la experiencia y el conocimiento a partir de un estado de cosas perteneciente al mero representar. Por las venas del sujeto cognoscente construido por Locke, Hume y Kant no corre sangre verdadera, sino la tenue savia de la razón como mera actividad intelectual.<sup>16</sup>

Aquí el autor exhibía su filiación parcial con la llamada filosofía de la vida entonces en boga dentro de las corrientes antipositivistas. En realidad, pretendía aportarle al emergente campo historiográfico, carente de una sólida teoría, cierta fundamentación filosófica sobre las conexiones vitales que primaban en la realidad social. Le criticaba a la Escuela histórica alemana el hecho de reducir la exposición narrativa del pasado en un encadenamiento causal de acontecimientos serializados. Como a Nietzsche y Croce, el concepto de *vida* le resultó práctico para representar la complejidad del objeto de estudio ansiado. Es decir, las vivencias o experiencias humanas en el sentido más holístico posible constituyen finalmente los elementos significativos. ¿Cómo era su conocimiento? Ciertamente la explicación (*Erklären*) típica de las ciencias empíricas no era posible. Una impronta romántica inconfundible puede observarse en su intento de conciliación entre la razón y los elementos sensibles, así como la defensa de un conocimiento de lo particular. Tal como lo esbozó el teólogo Friedrich Schleiermacher (1768-1834), se precisaba una operación hermenéutica orientada a una comprensión (*Verstehen*) de la dimensión extraña. En dicha compenetración vital, la relación entre objeto y sujeto es diferente a la kantiana. Pues lo que distingue a la *Erlebnis* es, desde

---

<sup>16</sup> Wilhelm Dilthey, *Crítica de la razón histórica* (Barcelona: Península, 1986), 39-40.

un nivel ontológico, una *reexperimentación* que rebasa el entendimiento abstracto o conceptual sumando lo sensitivo.<sup>17</sup>

Windelband, uno de los mayores referentes de la escuela de Baden, coincidió con la tentativa diltheyana solo que la enmarcó en una filosofía analítica más estricta. Distinguió radicalmente la Naturaleza de la Cultura y expresó semejante dicotomía moderna en dos ciencias opuestas: *Ideográficas* –estrechamente vinculadas a las ciencias humanas dado su apego a lo particular y, por ende, imposible de subsumir a leyes generales– y *Nomotécnicas* –asociada a las ciencias naturales en razón del uso de métodos generalizadores–. Su discípulo Rickert se detuvo con especial interés en el conocimiento histórico desterrando los vestigios de psicologismo. Al poner énfasis en la objetividad, denunció los riesgos de subjetividad latentes en el sujeto cognoscente quien exponía juicios previos. De todos modos, admitía que en cierto punto esto era inevitable puesto que los hechos eran un resultado de las categorías del sujeto expresadas en “valores”. El objeto de las ciencias humanas residía en la “cultura”, o sea, un sistema de valores compartidos y el método consistía en la “individuación”. Ahora bien, ¿cómo mediaban los valores del historiador con los de los individuos representados históricamente? Antes que como *Erlebnis*, prefirió describir la experiencia histórica como “reactualizar” el pasado. Firme en su rechazo al psicologismo, en *Ciencia cultural y ciencia natural* (1899) afirmaba:

El que escribe una Historia Universal ha de presuponer que algunos valores valen en absoluto y que, por lo tanto, los valores que él ha puesto en la base de su exposición estimativa no carecen de relación con lo absolutamente válido [...] Un sistema de los valores culturales que aspire a ser válido, no puede establecerse, sino escudriñando la vida histórica para extraerlo poco a poco de ella, indagando cuáles son los valores universales y formales que yacen en la multiplicidad continuamente alterada de la vida cultural histórica.<sup>18</sup>

La generación neokantiana siguiente adoptaría diversos caminos tratando de resolver el problema legado de la tensión entre lo universal/particular y el velo de psicologismo destilado por la experiencia histórica, entre otros aspectos. Eximes herederos de tales planteos fueron el sociólogo Max Weber (1864-1920) y el historiador y teólogo Ernst Troeltsch (1865-1923). El primero abarcó una ecléctica incursión en diversos campos violando las barreras disciplinares de la historia, la sociología, el derecho y la economía. Sus estudios sobre la sociología de la religión, por ejemplo, eran capaces de exhibir cómo el estudio de las creencias iba aparejado de múltiples dimensiones además de las culturales. Siguiendo a Werner Sombart y Rickert, indagó lo que llamaba “acciones intencionales” infirieron las conexiones significativas. Criticando la ontología tradicional, sostenía que los conceptos eran meros instrumentos analíticos y no realidades empíricas. Calificaba al progreso como “fraude romántico” y, distanciándose de Marx, Hegel y Croce –uno por exceso de naturalismo y los otros por idealistas extremos–, abogaba por unas Ciencias Sociales cuya finalidad residiera en el “estudio de la cultura” entendido como la comprensión de todo lo creado por el ser humano en un espacio de libre elección, es decir, una “historia universal” no basada en el marco trascendental del juicio.<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> Martin Jay, *Cantos de experiencia*, 265.

<sup>18</sup> Heinrich Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural* (Buenos Aires: 1937), 159-160.

<sup>19</sup> Max Weber, *La teoría de las ciencias sociales* (Barcelona: Península, 1974), 90-92.

Tal vez más atormentado por el relativismo legado por el historicismo, Troeltsch – además de abocarse a objetos similares a Weber como el protestantismo– buscó un saludable equilibrio entre la historiografía y la filosofía de la historia al proponer un “historicismo ético”. En una serie de reflexiones no exentas de contradicciones, sostenía que la representación del pasado (*Vertretung*) no significaba negar la existencia autónoma de los entes pese a otorgarle un sentido o valor externo. Lo explicaba en los siguientes términos:

La lógica de la historia señala que como punto decisivo del pensamiento histórico la individualidad de las formaciones históricas [...], el esfuerzo por medir cada individualidad histórica en su propio contenido. Esto presupone una introyección en totalidades significativas históricas ajenas a nosotros, con abstención de los propios ideales y deseos del historiógrafo frente a la vida.<sup>20</sup>

De cierto modo, este historiador asumió la tarea de equilibrar las controversias académicas imperantes. Con acierto reconocía que el énfasis de la historia en lo particular dificultaba la inteligibilidad del mundo histórico como una totalidad. A través de conceptos específicos (*Vertretungsbegriff*), el historiador lograba vencer la distancia temporal abstrayendo los elementos pretéritos otorgándoles siempre un sentido (*Sinn*). La enmarcación narrativa para la comprensión exigía, inmediatamente, la idea de un “desarrollo” (*Entwicklung*) articulador de las propiedades aceptando una causalidad diferente a la sostenida por las ciencias de la naturaleza. ¿Cómo procede la comprensión en esta teoría? Al igual que Dilthey, debió acudir a un sustrato iluminista y universal para dar cuenta de cómo un ser humano puede conocer a otro porque comparten una misma naturaleza. Siguiendo una idea claramente leibniziana, los historiadores en virtud de su identidad fundida con una conciencia universal (*Allbewusstsein*), son capaces intuitivamente de penetrar empáticamente en conciencias extrañas. Coincidiendo en numerosos aspectos, Weber empleaba “tipos ideales” atravesando lingüísticamente los diferentes contextos y culturas confiando en su inteligibilidad universal. El caos y la infinitud del mundo externo son organizados por la conciencia subjetiva simplificando sus elementos.

Producto de enfáticos dualismos plasmados en las concepciones científicas antes señaladas, el clima intelectual permaneció durante décadas convulsionado. La llamada “disputa por el método” (*Der Methodenstreit*), en la cual se involucraron diferentes figuras intelectuales de renombre, ayudó a consolidar la historia como “ciencia de lo particular” al mismo tiempo que inhabilitó otros horizontes posibles. En las universidades, los cuerpos docentes discutían los límites entre las disciplinas validando o no las prácticas desarrolladas tanto por competidores como *outsiders*. El argumento de la historicidad coaccionó sobre muchos postulados universales. La primera gran polémica había ocurrido en la década de 1890 y remitía al problema de la historia de la cultura (*Kulturgeschichte*). Al discutir cuál había sido la impronta original de la obra del insigne historiador alemán Leopoldo von Ranke –una historia política a secas o una integral historia de la cultura y una vocación exclusiva por lo particular o una tolerancia por las “tendencias universales” en armonía con lo anterior–, estaba en juego nada menos que la identidad o “mito de los orígenes” por excelencia de la historiografía moderna. Tras las intervenciones de Croce, Dilthey, Troeltsch, Eberhard Gothein y Dietrich Schäfer, entre otros, se reforzó el prestigio de Ranke como demiurgo de

---

<sup>20</sup> Ernst Troeltsch, *Der Historismus und seine Probleme* (Tübingen: C. B. Mohr, 1922), 118.

la ciencia histórica.<sup>21</sup> Lo interesante es que obligó a muchas figuras a adoptar posiciones y examinar cualitativamente la expansión del campo historiográfico. El binomio insoluble de lo universal/particular, por ejemplo, llegó a colocar en lugares muy incómodos a investigadores de la talla de Weber, quien sostenía, al mismo tiempo, que existían realidades singulares y un método universal para examinarlas.

Sirviendo de extensión para una segunda parte de la *Der Methodenstreit*, el campo de la Economía Política había sido escenario de vehementes conflictos. Los modelos abstractos de la economía clásica anglosajona pronto serían calificados de ahistóricos por parte de la Escuela Historicista de Economía prusiana. Consideraba a la economía como parte de la cultura y rechazaba la existencia de leyes en los hechos económicos. De manera que estos economistas decidieron discutir con la Escuela Austríaca la prevalencia del método deductivo o inductivo como base primordial.<sup>22</sup> Una resonancia de tales rivalidades puede apreciarse en Francia, donde la sociología durkheimiana polemizó con la historia al cuestionarle su cientificidad.<sup>23</sup> En 1903, el sociólogo francés François Simiand (1873-1935) atacó los “tres ídolos” de la historia, a saber, los fetichismos por la política, los fenómenos individuales y los “ídolos de los orígenes”. Sobre todo, cuestionó la idea de causalidad histórica y apostó por unas Ciencias Sociales unificadas teóricamente gracias al enfoque sociológico, lo cual derivó en un debate de gran repercusión. El emblemático historiador de La Sorbona, Charles Seignobos (1854-1942), se vio obligado a responderle justificando la metodología de la historiografía basada en la observación indirecta de fenómenos particulares e interpretando las fuentes oficiales, debiendo relajar el soberbio presupuesto de la historia como ciencia capaz de subsumir a sus hermanas a disciplinas auxiliares.<sup>24</sup>

Lo que dejaban lucir estos desencuentros no era solo una disputa por la ontologización de promisorios campos de estudios. Desnudaban, ante todo, el enfoque analítico predominante y la estrategia cognoscitiva legítima para acceder a un auténtico conocimiento científico. Sin embargo, el neokantismo prosperó fructíferamente fuera de Alemania bajo el peso de críticas o recepciones. En Holanda, el singular historiador Johann Huizinga (1872-1945) se posicionó como uno de los pensadores más originales. Además de ejercer con aclamada fama su oficio dedicó esfuerzos denodados a la teoría de la historia. Como Dilthey, defendía la historia en el marco de las Humanidades. Pero se diferenciaba al rechazar la cientificidad de esta disciplina. Reflexionó agudamente sobre las implicaciones epistemológicas derivadas de la conformación de un campo historiográfico cuyo concepto

---

<sup>21</sup> Francisco Sevillano, “La controversia finisecular sobre el método histórico en Alemania y Francia (1883-1908)”, *Hispania. Revista española de historia*, vol. 78, 258 (2018).

<sup>22</sup> Quien sería luego el principal referente de la Escuela Austríaca, Carl Menger, aceptó polemizar con su contrincante de la Escuela Historicista alemana Gustav von Schmoller haciendo hincapié en el aspecto subjetivo y marginal de la economía. Posteriormente, dentro de Alemania el historiador Karl Lamprecht, al haber decidido un entrecruzamiento entre aspectos psicológicos, económicos y sociales, recibió como respuesta una virulenta reacción crítica por parte de las academias. Curiosamente su figura sería reivindicada en países extranjeros por quienes ansiaban una renovación historiográfica. Véase: Georg Iggers, *La historiografía del siglo XX* (Santiago de Chile, FCE, 2012), 22.

<sup>23</sup> En realidad, ya las intervenciones de diferentes positivistas tales como Paul Lacombe, André Laland y Louis Bourdeau habían denunciado la inverosimilitud de una ciencia acerca de lo individual.

<sup>24</sup> David Jorge Domínguez González, “Releer la polémica Simiand-Seignobos: método, ciencia y lucha por la hegemonía disciplinar en el campo de las ciencias humanas en Francia”, *Papers. Revista de Sociología*, [vol.] 105, 3 (2020), 318.

novedoso de “ciencia histórica” expulsaba de su seno a toda la historiografía precedente. Creía en un diálogo fructífero con el arte especialmente la literatura.

En Francia, el neokantismo halló exponentes fieles abocados específicamente a la Filosofía de la historia. Como parte de una misma generación, Raymond Aron (1905-1983) y Henri-Irénée Marrou (1904-1977) se ubicaron cómodamente en calidad de referentes franceses de esta corriente. Recuperando la dificultad para plantear el “problema de la objetividad” en la historia, Aron cuestionó duramente el hiato utilizado por los historiadores entre la historia entendida como *res gestae* o como *rerum gestarum*. El pasado ontológicamente no existe sino como producto de una construcción mental, es decir, de una “restauración creadora” la cual a partir del presente despliega una historicidad. La historia era entendida, en sentido estricto, como ciencia sobre el pasado y, en un sentido más laxo, como el estudio del devenir de todos los entes existentes conceptualizados por el ser humano. Los límites del relativismo en este proceso cognoscitivo estaban garantizados por el método científico y el control intersubjetivo. De manera que es inútil una historia universal convirtiéndose en una permanente obra inconclusa. Por su parte, Marrou, en su difundido estudio *El conocimiento histórico* (1958), no llegó más lejos que Aron. Replicando una teoría de la historia atada a una “filosofía de los problemas”, cuestionó el positivismo y concordó con Croce en la fórmula de la historia como conocimiento, conceptos e historiografía: “La historia es inseparable del historiador”.<sup>25</sup>

Pese a no tratarse de un escenario conmovido por el neokantismo, el Reino Unido fue testigo de ejemplares reflexiones. El prestigio del empirismo y el método inductivo producían inhibiciones no menores. En vano intelectuales como Thomas Carlyle (1795-1881) intentaron resistir los modelos naturalistas calificándolos de “ciencia lúgubre”. En este contexto resultaba sumamente complejo plantear la científicidad del conocimiento histórico. El filósofo Michael Joseph Oakeshott (1901-1990) básicamente había desterrado la posibilidad de una “historia científica” viable en tanto que, como excelso idealista, sostenía que la comprensión del pasado dependía inexorablemente del pensamiento presentista. El historiador y también filósofo Robin G. Collingwood (1889-1943), en rigor, contribuyó sobremanera a exorcizar en el mundo anglosajón tales perjuicios. Los trabajos compilados póstumamente en *Idea de la Historia* (1940) exhiben una tentativa próxima a un idealismo atemperado capaz de incluir cuestiones puntuales sobre el oficio del historiador.<sup>26</sup> Tras poner en diálogo entre los ilustrados británicos y los neokantianos alemanes, descartó el “psicologismo descriptivista” de Dittlhey. Retomando la senda marcada por Rickert, concluyó que la historia trata de una “ciencia de la naturaleza humana” denominando a su objeto *mind*:

Pero, ¿cómo discierne el historiador los pensamientos que trata de descubrir? Solo hay una manera de hacerlo: repensándolos en su propia mente. El historiador de la filosofía, al leer a Platón, lo que trata es de saber qué pensaba Platón al expresarse con ciertas palabras. La única manera de lograrlo es pensándolo por su cuenta. Esto es, de hecho, lo que queremos decir cuando hablamos de “comprender” las palabras. Esto supone para el historiador representarse la situación en que se bailaba César, y pensar por sí mismo lo que César pensaba de la situación y las posibles maneras de enfrentarse a ella.

---

<sup>25</sup> Henri I. Marrou, *El conocimiento histórico* (Barcelona: Labor, 1968), 41.

<sup>26</sup> Martin Jay, *Cantos de experiencia*, 275.

La historia del pensamiento y, por lo tanto, toda historia, es la reactualización de pensamientos pretéritos en la propia mente del historiador.<sup>27</sup>

Tanto el positivismo como el neokantismo terminaron convirtiéndose en objeto de críticas por parte de movimientos novedosos e irreverentes de comienzos del siglo XX. Las nuevas corrientes le reprochaban cómo, en el hecho de percibir atinadamente que el mundo exterior se presentaba a modo de conceptos y categorías, sus investigaciones permanecían en una teoría de la abstracción paralizante. Un representante de las nuevas tendencias, el filósofo alemán Edmund Husserl (1859-1938), bajo la promesa de fundar una ciencia verdaderamente objetiva desplegó un ambicioso programa llamado “fenomenología trascendental”. Asumía la ardua tarea de explorar la dimensión preconceptual y abordar la experiencia persiguiendo una vinculación con la esencia de los fenómenos que prescindiera, en lo posible, de juicios previos: la *reducción eidética*.<sup>28</sup> Dentro de sus discípulos, Martin Heidegger (1889-1976) protestó contra la inicial marginalidad de la historicidad dentro de la fenomenología así como dentro de ciertos neokantianos.<sup>29</sup> Precisamente, en su *opus famosum Ser y tiempo* (1927), orientó la fenomenología de su maestro hacia una hermenéutica renovada o antropología existencial. Partiendo desde la marginada pregunta por el ser y una crítica tanto al positivismo como a Husserl, conducía a problematizar la relación de los entes con el mundo. Mediante la expresión de Hegel “ser-en-el-mundo” (*Dasein*), intentó explicar el ámbito del sujeto eyectado a la existencia y, por ende, históricamente constituido.

Digno continuador de la ontología heideggeriana fue, obviamente, el filósofo Hans-Georg Gadamer (1900-2002). Su publicación en edad avanzada *Verdad y método* (1960) elevó su reputación académica dilatándola más allá de las fronteras continentales. Además de elaborar una sofisticada síntesis de la rica tradición filosófica alemana, la llevó mucho más lejos al incorporar discusiones contemporáneas. Recuperando un planteo abierto originariamente por Hegel, en cuanto al carácter no definitivo de la conciencia y la finitud humana, se concentró fundamentalmente en el problema de la interpretación o, mejor dicho, en el de la “comprensión”. Más que jugar un rol de mediación, el lenguaje para Gadamer permitía trascender la subjetividad individual. A partir de la comprensión del otro y de uno

---

<sup>27</sup> Robin George Collingwood, *Idea de la historia* (México: FCE, 1952).

<sup>28</sup> En realidad, en las primeras investigaciones husserlianas era difícil concebir la aplicación de la “reducción fenomenológica” a la historia. Recién con obra tardía y célebre *La crisis de las ciencias europeas* (1936), recuperaba este tópico. Sin embargo, el movimiento perfilado por epígonos tales como Maurice Merleau-Ponty, Paul Ricoeur, o Hans Blumenberg, entre otros, contribuyó enormemente a esclarecer la posibilidad de una fenomenología verosímil de la historia y sus presencias. Especialmente el trabajo *Fenomenología de la percepción* (1945), de Maurice Merleau-Ponty, ha despertado interés por las comunidades académicas.

<sup>29</sup> Pocos debates representaron “momentos bisagra” tan peculiares en la historia de la filosofía como el desarrollado en la ciudad de Davos entre Cassirer y Heidegger en 1929. El académico neokantiano concebía la filosofía como una crítica de la cultura. Coincidiendo con Weber, el objetivo del conocimiento no podía ser la determinación de una ontología trascendental sino la comprensión de los hombres como animales simbólicos orientándose gracias a acciones significativas. En cambio, Heidegger abogaba por una comprensión ontológica y no epistemológica, la cual interrogaba por el ser humano concreto *en el mundo* y alejado de las abstracciones del yo kantiano. Su concepción de la historicidad, como condición ontológica de todos los entes por el solo hecho de existir, prescinde de la historiografía. Vida y conciencia histórica iban de la mano. En el *advenir*, el *Dasein* encontraba la finitud y desplegaba así el horizonte de la temporalidad. Criticaba a los historiadores responsabilizándolos de objetivar el ser, debiendo la filosofía operar mediante una “deconstrucción” o desmontaje capaz de develar lo originario. Véase: Martin Heidegger, *Ontología. Hermenéutica de la facticidad* (Madrid: Alianza, 2000).

mismo, ingresaba irremediabilmente la historicidad moldeando a los sujetos. Contrariamente al esquema kantiano sujeto/objeto, en el acto de la comprensión se despliega una “fusión de horizontes” (*Horizontverschmelzung*) en la cual el esquema anterior se suspende dando pie a un “autoencuentro con el espíritu humano”. Ciertamente esta perspectiva se distanciaba de las hermenéuticas precedentes donde la conciencia del sujeto cognoscente penetraba en el mundo psíquico que analizaba.

La envergadura de estos robustos proyectos filosóficos claramente trascendió el contexto alemán. El existencialismo, amparándose en postulados como el que la existencia precede a la esencia y que la realidad es anterior al pensamiento, se expandió en todos los ambientes intelectuales. Sobre todo, la idea de que no existe una naturaleza humana que determine a los individuos fue un argumento que pronto se asoció a la emblemática figura de Jean-Paul Sartre (1905-1980). Apostaba por una antropología histórica que derogara la tentativa de reducir a un sistema fijo de conceptos los objetos. Al intentar acercarse entre sí el marxismo y el existencialismo, en *Crítica de la razón dialéctica* (1960) volvía inevitablemente al problema de la universalidad: “Indudablemente las contradicciones y sus superposiciones sintéticas pierden todo significado y toda realidad si la Historia y la Verdad no son totalizadoras, si, tal y como lo pretenden los positivistas, hay Historias y Verdades (...) ¿Hay una verdad en el hombre?”.<sup>30</sup> Nuevamente, la apelación política a la historicidad y el humanismo para una forjar una ética se perfilaba como un tópico clásico.

Pese a la recepción favorable de sus ideas en el escenario francés un filósofo y etnólogo de sólida formación neokantiana, Claude Lévi-Strauss (1908-2009) audazmente eligió la *Crítica de la razón dialéctica* sartreana como contrapunto para instalar un enfoque antropológico que despejara definitivamente al filosófico bajo una orientación novedosa. Mediante referencias tan diversas, a veces explícitas y otras no, como a Boas y Saussure – pero también aunque no las haya destacado lo suficiente a Nietzsche, Durkheim y Cassirer –, expandió el horizonte embrionario de la etnología incorporándole el análisis lingüístico estructural saussuriano a través de las investigaciones aplicadas del lingüista ruso Roman Jakobson (1896-1982).<sup>31</sup> Tales presupuestos aparecieron abordados originalmente en su trabajo titulado *El pensamiento salvaje* (1962), en donde desmontaba los brutales prejuicios occidentales instalados sobre las comunidades “atrasadas” o “sin historia”. Enfrentándose a quien entonces era tal vez uno de los intelectuales mejor reputados, acusó al humanismo de Sartre de reproducir sin tapujos, pese a su izquierdismo, los universales etnocentristas y de utilizarla historia para justificar ciertos valores culturales.

Para Lévi-Strauss, resultaba absurda la dicotomía naturaleza/cultura resumiendo las actividades humanas a la segunda. Desnudaba una de las principales vacilaciones sartrianas: ir al historicismo para dismantelar el hombre nominal del Iluminismo, pero persistir en un sujeto trascendental con rostro europeo. Propugnaba la búsqueda de elementos comunes a

---

<sup>30</sup> Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica* (Buenos Aires: Losada, 1933), 10.

<sup>31</sup> En rigor, Lévi-Strauss ya había cuestionado tempranamente la capacidad explicativa y la unidimensionalidad del tiempo en la historia al recordar el debate Simiand-Seignobos en *Antropología estructural* (1958). Su innovación original consistió en acudir a la lingüística para analizar los sistemas de parentesco empleando como equivalente a los fonemas. A diferencia de la historia, la antropología estructural se encargaba de escrutar las estructuras inconscientes no en un sentido freudiano sino kantiano. Véase: José Szabón, “Estructuralismo e historia”, en Daniel Brauer (comp.), *La historia desde la teoría* (Buenos Aires: Prometo, 2009), 79-99.

todas las sociedades, como el caso del incesto, que le permitieran huir del relativismo/particularismo y sostener un multiculturalismo saludable. En el famoso capítulo noveno “Historia y dialéctica” del *Pensamiento salvaje*, dedicó una especial crítica a la historiografía e, imitando intentos precedentes como el Heidegger, desdoblaba esta de la historicidad a la cual sí concedía un lugar privilegiado. Antes que fijar una idea de la especie humana había que escrutar su diversidad. Allí pronunció su célebre máxima: “El fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo”.<sup>32</sup> A los historiadores particularmente los acusó de exaltar las esencias y genealogías basándose en el tiempo cronológico y no en el existencial de los fenómenos, exagerando los nexos causales. De modo que la historia, identificada como un mero “método”, pese a pretender basarse en una racionalidad objetiva no era más que un *mito* ordenador de lo real. Como ejemplo seleccionó la Revolución Francesa. Tales intuiciones polémicas, en verdad sospechosamente nietzscheanas, le permitieron conmovir el clima académico internacional e instalar el estructuralismo en las ciencias sociales.

### **La escuela analítica y la renovación historiográfica del siglo XX**

La relación tensa entre historiadores y filósofos debe examinarse cuidadosamente, sin caer en la fácil tentación de admitir un divorcio definitivo. Claramente, el silencio de una parte de la corporación historiográfica ante los principales debates desarrollados posteriormente a la *Disputa por el método*, en realidad, fue parcial. Pues coexistió con una renovación de enfoques y temas sin precedentes en el siglo XX.<sup>33</sup> En primer lugar, es posible inferir la edificación de una memoria institucional dispuesta a alojar el nacimiento de la historiografía en Grecia, pero exaltando después una acuñación de la misma en el taller de la ciencia moderna. La historia “nace” bajo registros escriturales contra variados enemigos: el mito, el olvido y la ficción. Tempranos trabajos de sistematización, como la *Historia de la historiografía moderna* (1911), de Edward Fueter (1876-1928), dan cuenta de tales operaciones. La deuda de la historia con la filología y la filosofía de la historia sería reconocida tardíamente. Hasta bien finalizado el siglo XX, la imagen de la continuidad historiográfica Heródoto-Ranke ofrece las dimensiones cándidas y arbitrarias de dicha genealogía. Los historiadores se sintieron cómodos dentro de una ciencia diferenciada de las ciencias de la naturaleza. De todos modos, semejante dualismo no dejaba de plantear dificultades: el problema de la unidad de la ciencia derivó en constantes sospechas de insuficiencia. Por otro lado, la plurivocidad del vocablo historia continuó generando arduos debates. Las sostenidas protestas por la corporación historiográfica contra la “historia natural”, argumentando que la Naturaleza no poseía historia, fueron en vano.

Las carnicerías desplegadas a raíz del imperialismo, y sobre todo las dos guerras mundiales, contribuyeron a debilitar ciertos valores de la modernidad; mas no la confianza generalizada hacia el discurso científico y sus metáforas. Aunque las corrientes reticentes a los avances de la técnica, el progreso y la racionalización obtuvieron difusiones ejemplares, no fueron suficientes para disuadir del abandono de dicotomías sumamente arraigadas. De lo contrario sería imposible explicar el éxito del método hipotético-deductivo propiciado por

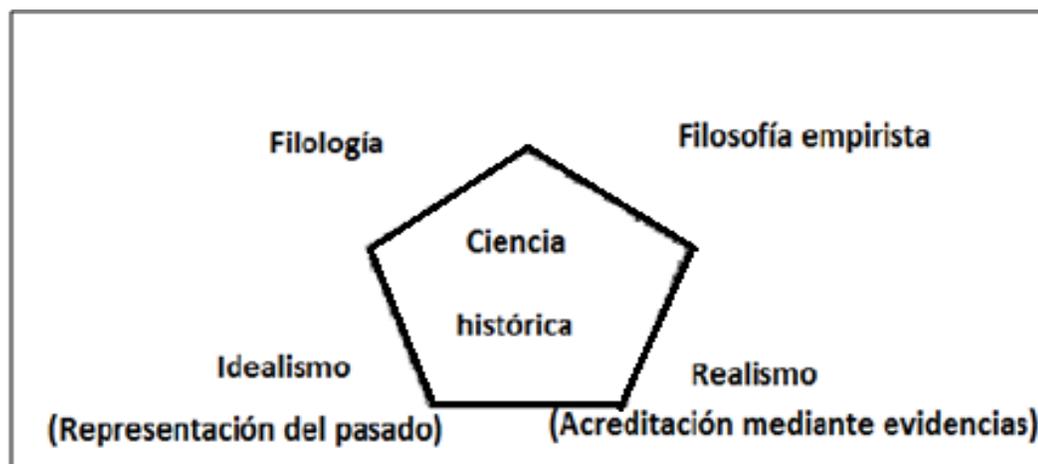
---

<sup>32</sup> Claude Lévi Strauss, *El pensamiento salvaje* (México: FCE, 1970), 357.

<sup>33</sup> Georg Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 64.

referentes de la corriente neopositivista, una de las mayores responsables de la renovación epistemológica del método inductivo. Casi todas las disciplinas científicas terminaron siendo directa o indirectamente afectadas por las observaciones del Círculo de Viena. Tarde o temprano, el mote de Humanidades sería abandonado por el de Ciencias Sociales. Figuras de reconocimiento internacional como el filósofo austríaco Karl Popper (1902-1994), persistieron en la dudosa científicidad de la historia. Su obra *La miseria del historicismo* (1957) denunciaba la insuficiencia predictiva de la ciencia histórica. Si bien el argumento no era nuevo, le facilitó desde luego una acelerada difusión mundial. La dicotomía objetivismo/subjetivismo puso en serios apuros a cualquier tentativa herética.

Una vez que el embrionario campo historiográfico exhibiera sus primeros frutos, sus flamantes integrantes se vieron obligados a garantizar definiciones operativas concernientes a una “teoría de la historia” prescriptora del “oficio del historiador científico”. Precisando su concepto, límites y vecindades, las reflexiones neokantianas facilitaron los contenidos centrales: la historia era una ciencia que poseía un objeto y método específico, tenía como finalidad el conocimiento racional del pasado y la finalidad ética era la autocomprensión humana. Esto puede observarse en la *Historik* (1868) del historiador alemán Johann Gustav Droysen (1808-1884). Siendo el suyo uno de los pioneros esfuerzos por resumir una teoría de la historia, su origen humilde remite a apuntes de clases de alumnos lo cual lo hace mucho más interesante. Daba por evidente la distinción conceptual entre naturaleza/cultura y, en razón de este trazado radical, ambas necesariamente contaban con metodologías diferenciadas para conocerlas. Por otro lado, definía ontológicamente la historicidad dentro la cultura, describiendo al ser humano como un agente que nacía en un contexto “ya creado”,<sup>34</sup> idea que luego retomaría Dilthey y Heidegger. El siguiente pentágono expresa la matriz epistemológica de la primera ciencia histórica con sus respectivas aspiraciones:



[Figura N°1: La matriz de la historia bajo las Humanidades y Ciencias del Espíritu]

Una vez que las emergentes escuelas historiográficas europeas y americanas reconocieron semejante déficit teórico, orientaron sus esfuerzos a la elaboración y difusión de manuales estándares siendo, en general, confeccionados por titulares de cátedras

<sup>34</sup> Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (Barcelona: Alfa, 1983), 17.

introdutorias o seminarios de investigación. Ayudaron a simplificar no solo las lagunas de los docentes universitarios, sino también las exigencias por parte de todos los niveles educativos. De manera que debían adecuarse cognitivamente tanto a niños como adultos. Dicha labor pedagógica fue esencial para la formación de generaciones y la configuración de una memoria colectiva. Sin duda, uno de los más traducidos fue el *Lehrbuch der Historischen Methode* (1889),<sup>35</sup> del alemán Ernst Bernheim (1850-1942). Presionado por colegas, e incluso referentes de otras disciplinas, este manual sufrió reediciones agregando en el título en 1903 la expresión “Filosofía de la Historia” (*Geschichtsphilosophie*)<sup>36</sup>. La definición de historia que había quedado finalmente sostenía: “Historia es la ciencia que investiga y expone los hechos relativos a la evolución, en el espacio y en el tiempo, de los seres humanos en sus actividades colectivas y la relación psicofísica de causalidad que entre ellas exista según los valores colectivos de cada época”.<sup>37</sup> Apenas Bernheim padeció las persecuciones del nazismo debido a su origen judío, su célebre obra fue reemplazada en Alemania por el texto *Einführung in das Studium der Geschichte* (1928) de Wilhelm Bauer.

En Francia, la Escuela Metódica decidió borrar la fuerte impronta romántica nacional y adoptar una filiación historicista conservando, sin embargo, el proyecto ético de legitimar la Tercera República.<sup>38</sup> Contando con el beneplácito del Estado, supo conciliar científicidad y nacionalismo dentro de una misma empresa intelectual. Los generosos recursos públicos a su disposición, permitieron que hasta docentes de La Sorbona se involucraran en la artística elaboración de manuales escolares y también universitarios. De estos últimos el más destacable fue *Introducción a los estudios históricos* (1897) de Seignobos y Charles-Victor Langlois (1863-1929) donde, respetando el paradigma historicista, exponían las particularidades de la historia como una ciencia del pasado humano basada en la exégesis de documentos oficiales. En el texto orientado al segmento escolarizado *Historia de la civilización antigua* (1920), Seignobos sostenía:

La historia no empieza verdaderamente sino cuando hay relatos auténticos, es decir, escritos por hombres bien enterados. Este momento no es el mismo para todas las naciones. La historia de Egipto empieza más de 3000 años antes de Jesucristo, la de los griegos antes 800 apenas; la de Alemania no existe sino desde el siglo I de nuestra era, y la de Rusia en el X; aún hoy existen tribus salvajes que no tienen historia.<sup>39</sup>

Los historiadores decimonónicos habían consensuado la gran divisoria entre *Historia* (culturas de Medio Oriente y Europa) y *Prehistoria* (culturas de América, África y la mayor parte de Asia), luego de aceptar como criterio la disposición elemental de escritura y Estado. Tras muchas polémicas admitieron como “civilizaciones” –es decir, “sociedades avanzadas”– a las culturas americanas y africanas pese a que, paradójicamente, muchas sí tenían alfabetos y atributos de estatidad. En *El método histórico aplicado a las ciencias sociales* (1901), Seignobos abogaba por la preponderancia de la historia sobre las otras disciplinas que tenían en común el estudio del ser humano calificándolas de “auxiliares”.

---

<sup>35</sup> En castellano cuenta con la traducción *Introducción al estudio de la historia* de 1937.

<sup>36</sup> Hans Schleier, “Ranké in the Manuals of Historical Methods of Droysen, Lorenz and Bernheim”, en Georg G. Iggers y James Powell (comps.), *Leopold Ranke and the Shaping of Historical Discipline*, (New York: Syracuse U.P., 1990), 119.

<sup>37</sup> Ernst Bernheim, *Introducción al estudio de la historia* (Barcelona: Labor, 1937), 12.

<sup>38</sup> François Dosse, *La historia. Conceptos y escrituras* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2004), 30.

<sup>39</sup> Charles Seignobos, *Historia de la civilización antigua* (México: Librería de Ch. Bouret, 1920), 5.

Esta publicación había desatado la cólera e inmediata ofensiva por parte de la sociología durkheimiana. Demostró un programa donde inversamente la historia era cuestionada por su escasa científicidad, quedando subsumida a la rigurosa ciencia positiva. Tras la controversia, la historia presentó una plataforma epistemológica la cual, si bien no renunciaba a afirmarse como “ciencia de lo particular”, incorporaba como préstamo la noción de “hecho social”. Las débiles intervenciones argumentales de Seignobos, un historiador consagrado, habían expuesto la precariedad de una ciencia presuntamente al margen de los protocolos teóricos-metodológicos legitimados.

Diferentes proyectos ligados a elencos marginales en las universidades comenzaron, en las primeras décadas del siglo XX, a cuestionar aspectos de la matriz historicista. Al proponer incorporar lógicas analíticas pertenecientes a otras disciplinas en los estudios históricos, abrieron una sucesión de debates que acabaron colocando en lugares incómodos para la ortodoxia historiográfica. Debe tenerse en cuenta que la historia todavía era la orfebre favorita de la imaginación nacionalista: la alianza de ciertos historiadores con el Estado, a cambio de propagar imaginaciones, les permitía acumular recursos económicos y simbólicos. Pero la expansión del entramado disciplinar en las universidades europeas, gracias a la emergencia de nuevos saberes, disputas, aperturas y contaminaciones entre las áreas, inevitablemente relegaron a la historia a un lugar académico poco acorde a su paternalismo decimonónico. Estos cambios se iniciaron en las potencias mundiales mientras que en los países del Tercer Mundo recién se encaminaban hacia una lúbil profesionalización.

Generaciones muy desiguales, luego adscriptas a la “historia social”, decidieron involucrarse seriamente en un enfrentamiento directo contra ciertos postulados del historicismo. El consagrado historiador holandés Huizinga, en las primeras décadas del siglo observaba con preocupación las derivas de las prácticas historiográficas dentro de las ciencias de la naturaleza. Manifestaba dudas hacia la verosimilitud del mote de “ciencias del espíritu” e inscribía la historia bajo una “morfología de las culturas”. Asimismo, reconocía la dificultad para conceptualizar esta disciplina sin reducirla al mote de ciencia, intentando definirla dentro de sus propias coordenadas como “la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado”.<sup>40</sup> De tal modo, Huizinga creía saldar el hiato entre pasado y conocimiento histórico, caracterizando a este último como una “memoria” susceptible de evocar imágenes. El pasado abandonaba su estatuto epistémico tradicional para convertirse en un producto de inquisiciones actuales. En cuanto a la experiencia histórica, el historiador debía contar con una “sensibilidad” e intuición para operar como intérprete del “sentido pretérito”.

En Francia, los historiadores por muchos años nucleados alrededor de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, al igual que figuras tales como Henri Berr (1863-1954) o Henri Pirenne (1862-1935), desde la década de los años 1950 iniciaron una expansión local e internacional. Tras el asesinato de Marc Bloch (1886-1944) en 1944 por la Gestapo, su colega y amigo personal Lucien Febvre (1878-1956) continuó la empresa prometiendo refundar la disciplina bajo un nuevo marco científicista anclado en la interdisciplinariedad. En sus propias palabras: “Para hacer historia volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero. Mezclaos con la vida (...) Sed geógrafos, historiadores. Y también juristas, y

---

<sup>40</sup> Johann Huizinga, *El concepto de la historia y otros ensayos* (México: FCE, 1945), 95.

sociólogos, y psicólogos”.<sup>41</sup> Tanto él como Bloch habían llevado a cabo dignos acercamientos hacia aspectos geográficos, fenómenos sociales, culturales y económicos respetando la procedencia original de los conceptos transferidos sin descuidar la dependencia heurística con las fuentes y el cuidado estilístico. En tal sentido, las palabras de Chris Lorenz no pueden ser tan certeras: “Las posiciones “invertidas” retienen la misma estructura conceptual de las criticadas, y portan con ellas los mismos problemas conceptuales (mismos contrastes, mismas dicotomías, etc.)”.<sup>42</sup>

En su afamado escrito póstumo *Apología para la historia o el oficio del historiador* (1949), Bloch definía la historia como “ciencia de los hombres en el tiempo”<sup>43</sup> y Febvre en diversos artículos recopilados en *Combates por la historia* (1956) la describía como “ciencia del hombre, ciencia del pasado humano”.<sup>44</sup> Más que pulverizar el método histórico, se concentraron en desarmar la focalización del historicismo sobre los “hechos singulares”, su limitada disposición de fuentes y la condescendencia hacia el nacionalismo y los “grandes hombres”. Seducidos por cómo la sociología se había instalado con éxito y por los análisis socioeconómicos de Karl Lamprecht, Max Weber y Karl Marx, se aventuraron a definir un enfoque “económico-social” dispuesto a apropiarse de aportes conceptuales foráneos. Desde el fallecimiento de Febvre en 1956 diferentes generaciones de *Annales* fueron adoptando sus propios virajes.<sup>45</sup> El prestigio de la historiografía francesa penetró sin dificultades en Latinoamérica y África. Es difícil evaluar la envergadura de las consecuencias de la estrategia adoptada por el historiador Fernand Braudel (1902-1985). En diversas conferencias, aceptó incorporar el estructuralismo como “proeza” de Lévi-Strauss en calidad de “lenguaje común” para unas ciencias sociales federadas: “La historia -quizá la menos estructurada de las ciencias del hombre- acepta todas las lecciones que le ofrece su múltiple vecindad y se esfuerza por repercutirlas. De esta forma, a pesar de las reticencias, las oposiciones y las tranquilas ignorancias, se va esbozando la instalación de un ‘mercado común’”<sup>46</sup>. Si bien llamó al antropólogo “nuestro guía”, manifestó la prevalencia de la historia y su gran aporte, es decir, la “larga duración”.<sup>47</sup> Pese a que Braudel había pluralizado la duración siguió siendo partidario de la dimensión unidimensional del tiempo.

Por el contrario, en Inglaterra y Estados Unidos la renovación se había encaminado a través de la vía de la psicología y los estudios sociológicos experimentando grados de confrontación menores<sup>48</sup>. Gracias al legado intacto del iluminismo, las “ciencias morales”, luego llamadas “sociales”, concebían las acciones humanas como conductas racionales. Técnicas innovadoras como las encuestas y la cuantificación ya no eran meras extrañezas. A diferencia de Francia, la saludable relación de la historia con la filosofía en el escenario anglosajón permitió el reconocimiento inmediato de los aportes de Collingwood. El texto de

---

<sup>41</sup> Lucien Febvre, *Combates por la historia* (Barcelona: Ariel, 1993), 56.

<sup>42</sup> Chris Lorenz, *Entre filosofía e historia* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 22.

<sup>43</sup> Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador* (México: FCE, 1996), 58.

<sup>44</sup> Lucien Febvre, *Combates por la historia*, 29.

<sup>45</sup> Jacques Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social* (Buenos Aires: Manantial, 2005), 19-25.

<sup>46</sup> Fernand Braudel, *La Historia y las Ciencias Sociales* (Madrid: Alianza, 1970), 61.

<sup>47</sup> Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, 94-100.

<sup>48</sup> Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, 76, y Peter Novick, *Ese noble sueño, La objetividad y la historia profesional norteamericanas* (México: Instituto Mora, 1997), 64-79.

difusión masiva ¿*Qué es la historia?* (1961), del historiador Edward H. Carr (1892-1982), es demostrativo de ello: se acepta la operación subjetiva del historiador como hacedor de los hechos los cuales no se presentan impolutos<sup>49</sup>. En el período de entreguerras, y sobre todo después de la segunda guerra mundial, la historiografía marxista arraigó profundamente en las universidades. Forzó a abarcar una mirada mucho más ecléctica que fundió osadamente al materialismo histórico en una versión culturalista.<sup>50</sup> El abierto clima de ideas favoreció la polémica desatada por el físico Charles Snow (1905-1980) lamentado la “brecha” entre las humanidades y las otras ciencias. Exhortaba a acercar esas “dos culturas”. Sin embargo, sus conferencias despertaron más curiosidad que sincera atención. Por su parte, en Estados Unidos la solidez de los métodos cuantitativos y el apoyo en sistemas computacionales pronto estimularía el prestigio de lo que luego se llamaría Cliometría. Las políticas marcistas frustraron allí una historiografía marxista competente. La escuela neoinstitucionalista, en la década de los años 1960, recién otorgaría un aire innovador.

Sostener que estas modalidades de historia social subordinaron la historia al positivismo, es una exageración que anula la multiplicidad de experiencias vigentes entre las prácticas de los historiadores. De todas maneras, en la estructuración de la investigación histórica se observa una clara mutación. En primer lugar, la adaptación de categorías de otras disciplinas alteró el equilibrio entre elementos estilísticos, empíricos y retóricos presentes en el modelo historicista. Al clásico planteo inicial del problema se le anexaron hipótesis. Aquí sí es evidente un préstamo de las ciencias aplicadas. Las teorías sociales poco a poco incidieron en la configuración del trabajo del historiador condicionando la disposición de los elementos inteligibles. Cada fenómeno examinado debía estar acompañado de un análisis teórico prestigioso que robusteciera la simple descripción de la evidencia documental. Las categorías que prevalecían eran las que imperaban en el campo académico. De manera que la construcción misma de los objetos comenzaría a experimentar una constante variación.<sup>51</sup>

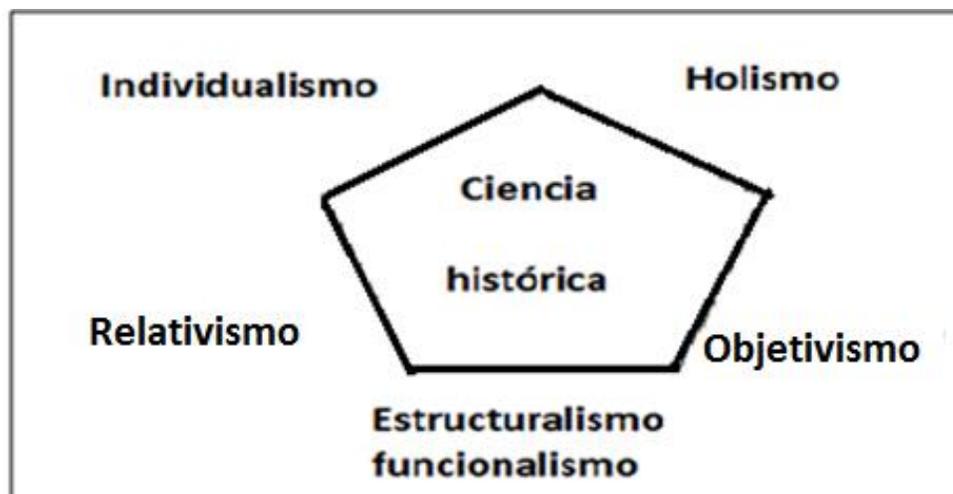
Por cierto, la introducción del estructuralismo en los estudios históricos revivió la tensión entre inmanencia y trascendencia. Una de las grandes continuidades historicistas fue la concepción de las acciones humanas y sus móviles como objeto al cual debía abocarse el historiador. Pero, al comenzar a examinar la injerencia de las condiciones materiales de la existencia y determinaciones culturales, las propuestas metodológicas tendieron a dividirse entre la perspectiva individualista y la holista. Finalmente, los modelos teóricos más aceptados como los de los sociólogos Pierre Bourdieu y Anthony Giddens se encargaron de sintetizar ambas tendencias. El siguiente pentágono expresa las tensiones de la ciencia histórica bajo esta matriz:

---

<sup>49</sup> Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?* (Barcelona: Ariel, 1983), 12.

<sup>50</sup> A través del grupo *Past and Present*, Edward Thompson y Eric Hobsbawm, entre otros, irradiaron la promesa de la renovación al punto de que historia social significaba en este contexto insular un equivalente a “historia de las clases populares” o “historia desde abajo”.

<sup>51</sup> William Sewell, *Logics of History. Social Theory and Social Transformation* (Chicago: The Chicago University Press, 2005).



[Figura N°2: La matriz de la historia bajo las Ciencias Sociales]

Podría aceptarse que la orientación hacia la interdisciplinariedad fue, en rigor, el factor fundamental de estos reperfilamientos. Pero también significó el acceso a una plataforma tan promisorio como paralizante. En lugar de optar por la construcción de una compacta teoría propia, o participar más activamente en los debates académicos, la historiografía se abocó a estudiar el pasado como región ontológica identitaria delegando los grandes modelos teóricos a sus disciplinas hermanas. Así como los nuevos paradigmas daban un impulso vital a la empresa científica, la crisis de los mismos arrojaba a la historia a una oscura incertidumbre. Esto no afirma que los historiadores se mantuvieran ajenos a los grandes debates del siglo XX. La incorporación del estructuralismo es un claro ejemplo. Más bien, la observación remite a que la teoría de la historia propiciada por las principales vertientes de la historia social pasó a depender de una filosofía analítica la cual planteaba interrogantes y discutía problemas, pero dentro del campo terminaba ocupando un lugar marginal. De modo que no sorprende la persistencia de aporías, dicotomías y resabios de la “filosofía de los problemas”: las contraposiciones pasado/presente, memoria/historia, mito/historia, objeto/sujeto, por mencionar solo algunas.

Es importante señalar que el concepto *historia* no logró el control epistémico sobre la *historicidad*. Otras disciplinas apelarían a la misma con independencia de la historia. Fuera de Alemania no sería bien acogida prevaleciendo, en cambio, *memoria* como concepto de raigambre durkheimiana. La secuela analítica es fácil de comprobar en autores de referencia para las prácticas tales como Henri I. Marrou y Jerzy Topolsky. El historiador-filósofo Marrou resumía las inquietudes de la primera generación de *Annales* con la siguiente definición: “(...) la historia se opone así a lo que podría haber sido, a toda pretensión falsa o falsificada, irreal, del pasado, a la utopía, a la historia imaginaria, a la novela histórica, al mito, a las tradiciones populares o a las leyendas pedagógicas”.<sup>52</sup> Tal descripción revelaba, prácticamente, una debilidad en tanto se conjugaba tensamente el ansia universal de un concepto con una definición esencial que acababa rebasando de dificultades para contener sus propiedades. Olvidaba que los conceptos son muchas veces burlados por diferentes campos semánticos.

<sup>52</sup> Henri I. Marrou, *El conocimiento histórico*, 28.

La polisemia irradiada por la palabra historia persistió no solo en las lenguas romances como el caso de las empresas de “historia natural”. Ni siquiera los aportes de lúcidos neokantianos como Cassirer, bastaron para reflexionar sobre el carácter no esencial de los conceptos siendo insuficiente encararlos únicamente a partir del ¿qué es? Posteriormente, el erudito epistemólogo polaco Topolsky, en su clásico *Metodología de la historia* (1968), continuaba anteponiendo analíticamente la historia a la memoria y el hiato pasado/historia era señalado en calidad de un problema a resolver. No es de extrañar entonces que la pobre reflexividad disciplinar haya dejado indefensos a muchos historiadores ante las invectivas más provocadoras por parte del giro lingüístico. Sería precisamente un historiador profesional, el estadounidense Hayden White (1928-2018), quien se encargaría a fines de la década de los años 1960 de revelar junto a otros el realismo ficcional cultivado casi inconscientemente por la ciencia histórica. “¡El rey está desnudo!”: parecía que muy pocos historiadores estaban preparados para admitirlo.

## Conclusiones

Desde el historicismo hasta las redefiniciones impulsadas por diversas corrientes renovadoras, los presupuestos que definían básicamente la disciplina de la historia no cambiaron radicalmente. Con distancia se observa una matriz o núcleo de gran perdurabilidad. Nutrida de los dos grandes caudales de la modernidad, la Ilustración y el Romanticismo, la ciencia histórica llevó a cabo una teoría austera y sumamente exhaustiva en cuanto al trabajo empírico. Gracias a unos escasos principios propedéuticos para manipular las evidencias, más dosis de erudición correctoras de la razón abstracta, durante siglos se desarrollaron relatos verosímiles sobre las experiencias humanas que impactaron en la manera de concebir la existencia. Tal como asegura Friedrich Beiser, las propuestas historiográficas posteriores pueden ser consideradas capítulos anexos de la “revolución historiográfica” del siglo XIX. Sin embargo, el rechazo a la filosofía de la historia en ciertos países obstaculizó la configuración de espacios de reflexividad dinámicos y con un lugar de privilegio dentro del campo disciplinar. Salvo excepciones, dicha vacancia intentó ser saldada institucionalmente por la historia de la historiografía y la metodología histórica bajo la promesa de configurar una “epistemología de la historia”. Muchas regiones y problemas quedaron como consecuencia desatendidos. Se concuerda con Chris Lorenz en que “(...) la historia no puede ser restringida a la epistemología, a la lógica y a la metodología, sino que también debe tratar los aspectos éticos, políticos y metafísicos u ontológicos”.<sup>53</sup>

Naturalmente, al verse los guardianes de Clío obligados a delimitar territorios y vecindades, necesitaron reflexionar sobre su oficio. Pero la ciencia histórica optó por confiar selectivamente dicha tarea a otros campos. De manera que, hasta la década de 1960, el canon de la teoría de la historia se amparó básicamente alrededor de acotadas figuras tales como Droysen, Dilthey, Aron, Marrou y Collingwood. Lógicamente, coincide con quienes jamás desacreditaron la legitimidad y cientificidad de la historia. Muchos historiadores tomarían sus escritos desconociendo que, en la mayoría de los casos, formaban parte de proyectos fragmentarios y pocos sistematizados –a excepción de Marrou y Aron–. El resultado fue una

---

<sup>53</sup> Chris Lorenz, *Entre filosofía e historia*, 23.

pobreza reflexiva agravada, cara al prestigio de su oficio, y apenas saldada por excepcionales figuras que sobresalieron como Carlo Ginzburg.

Hasta mediados del siglo XX, el fenómeno de los déficits teóricos puede apreciarse a simple vista en: a) la dificultad operativa de los historiadores, en un primer momento, para diferenciar la palabra historia del concepto propiamente dicho cayendo en la ingenuidad, por ejemplo, de creer que Heródoto de Halicarnaso fue “el primer historiador”; b) la base neokantiana de la teoría de la historia colaboró al incorporar un “idealismo crítico” susceptible de un fenomenismo sensato pero en la práctica no desapareció del todo el rígido esquema analítico sujeto/objeto; c) la historia social partió del presupuesto de que el paradigma interdisciplinario bastaría para elevar la historia a la altura de los tiempos, dejando de lado la empresa de poseer una robusta teoría propia exponiéndose, así, a oscilaciones epistemológicas; d) la mayoría de los historiadores no pusieron en tela de juicio sino hasta muy tarde el presupuesto de la unidimensionalidad del tiempo y las periodizaciones arbitrarias; e) en general se interrogaron escasamente los problemas lingüísticos de la representación desconfiando de otras potencialidades tropológicas.

Así como la historia en sus diferentes orientaciones disciplinares había querido ejercer una suerte de rol paternal hacia otras disciplinas, lejos de conformar una pacífica confederación los socios vitalicios de las ciencias sociales optaron por rivalizar entre sí imponiendo sus paradigmas. La crisis del funcionalismo, el marxismo y sobre todo la sociología en las décadas de los 70 y 80, obtuvieron consecuencias severas. Cuando la filosofía narrativista se encargó de señalar, sin timidez, que por mucho que se esforzaran los historiadores en perfeccionar la historiografía bajo la promesa científicista seguían esbozando figuraciones realistas-entre tantas otras opciones- para hacerlo dignamente, la corporación de historiadores reaccionó virulentamente no por una fuerza de convicción sino producto de una ignorancia filosófica. A fines del siglo XX, los “neohistoricismos” se propusieron trabajar con los residuos que sobrevivieron convirtiendo la disciplina [¿cuál disciplina?] en una sofisticada hermenéutica: en lugar del pasado como dimensión realista ahora el centro de la atención recaía en el lenguaje y la representación, el problema sujetos/contextos, la hermenéutica y los discursos en torno a la verdad.

## **Bibliografía**

Beiser, Frederick, *The genesis of neo-Kantianism, 1796-1880* (Oxford: OUP, 2014).

Beiser, Frederick, *The German historicist tradition* (Oxford: OUP, 2011).

Bermejo, José Carlos, “Reactualización, empatía e historia”, *Historiografías, revista de historia y teoría*, 19 (enero-junio 2020), pp. 5-40.

Bernheim, Ernst, *Introducción al estudio de la historia* (Barcelona: Labor, 1937).

Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador* (México: FCE, 1996).

Braudel, Fernand, *La Historia y las Ciencias Sociales* (Madrid: Alianza, 1970).

- Burckhardt, Jacob, *Reflexiones sobre la historia universal* (Buenos Aires: FCE, 1961).
- Carr, David, *Experiencia e historia. Perspectivas fenomenológicas sobre el mundo histórico* (Buenos Aires: Prometeo, 2017).
- Carr, Edward H., *¿Qué es la historia?* (Barcelona: Ariel, 1983).
- Collingwood, Robin G., *Idea de la historia* (México: FCE, 1952).
- Croce, Benedetto, *Teoría e historia de la historiografía* (Buenos Aires: Escuela, 1955).
- Dilthey, Wilhelm, *Crítica de la razón histórica* (Barcelona: Península, 1986).
- Domínguez González, David Jorge, “Releer la polémica Simiand-Seignobos: método, ciencia y lucha por la hegemonía disciplinar en el campo de las ciencias humanas en Francia”, *Papers. Revista de sociología*, vol. 105, 3 (2020), pp. 307-338.
- Dosse, François, *La historia. Conceptos y escrituras* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2004).
- Droysen, Johann Gustav, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (Barcelona: Alfa, 1983).
- Febvre, Lucien, *Combates por la historia* (Barcelona: Ariel, 1993).
- Hegel, Friedrich, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (Madrid: Alianza, 1999).
- Heidegger, Martin, *Ontología. Hermenéutica de la facticidad* (Madrid: Alianza, 2000).
- Iggers, Georg G., *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago de Chile, FCE, 2012).
- Jay, Martin, *Cantos de experiencia* (Buenos Aires: Paidós, 2009).
- Lévi-Strauss, Claude, *El pensamiento salvaje* (México: FCE, 1970).
- Lorenz, Chris, *Entre filosofía e historia* (Buenos Aires: Prometeo, 2015).
- Marrou, Henri I., *El conocimiento histórico* (Barcelona: Labor, 1968).
- Noiriel, Gérard, *Sobre la crisis de la historia* (Madrid: Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, 1997).
- Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericanas* (México: Instituto Mora, 1997).

Nudler, Oscar, *El mundo amenazado. Las crisis globales y su repercusión en las ciencias, la filosofía y la literatura en el primer tercio del siglo XX* (Río Negro: UNR, 2019).

Revel, Jacques, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social* (Buenos Aires: Manantial, 2005).

Rickert, Heinrich, *Ciencia cultural y ciencia natural* (Buenos Aires: 1937).

Safranski, Rüdiger, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento* (Barcelona: Tusquets, 2000).

Sartre, Jean-Paul, *Crítica de la razón dialéctica* (Buenos Aires: Losada, 1933).

Sazbón, José, “Estructuralismo e historia”, en Daniel Brauer (comp.), *La historia desde la teoría* (Buenos Aires: Prometo, 2009), pp. 79-99.

Schleier, Hans, “Ranké in the Manuals of Historical Methods of Droysen, Lorenz and Bernheim”, en Georg G. Iggers y James Powell (comps.), *Leopold Ranke and the Shaping of Historical Discipline* (New York: Syracuse U. P., 1990).

Seignobos, Charles, *Historia de la civilización antigua* (México: Librería de Ch. Bouret, 1920).

Sevillano, Francisco, “La controversia finisecular sobre el método histórico en Alemania y Francia (1883-1908)”, *Hispania. Revista española de historia*, vol. 78, 258 (2018), pp. 193-217.

Sewell, William, *Logics of History. Social Theory and Social Transformation* (Chicago: The Chicago University Press, 2005).

Skinner, Quentin, *Lenguaje, política e historia* (Quilmes: Bernal, 2007).

Troeltsch, Ernst, *Der Historismus und seine Probleme* (Tübingen: C. B. Mohr, 1922).

Weber, Max, *La teoría de las ciencias sociales* (Barcelona: Península, 1974).

### **Perfil académico**

Agustín Rojas es Doctor en Historia especializado en historia de la historiografía y teoría de la historia. Sus estudios versan sobre la historiografía latinoamericana y asimismo reflexiones epistemológicas sobre el oficio del historiador. Actualmente es docente adscripto de la Universidad Nacional de Córdoba Argentina) en la cátedra Introducción de la Historia de la Facultad de Humanidades. Pertenece al equipo de investigación “Usos del pasado y políticas de la historia”. Además, es becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

### **Academic profile**

Agustín Rojas has his PhD in History, and he is an expert in history of historiography and historical theory, his studies dealing with Latin American historiography and epistemological reflections on the historical profession. He is currently associate professor of Introduction to History at the Faculty of Humanities of the National University of Córdoba (Argentina). He belongs to the research group “Uses of the past and politics of history”, and he is also a fellow of the National Council for Scientific and Technical Research.

Fecha de recepción: 24 de mayo de 2022.

Fecha de aceptación: 30 de mayo de 2022.

Publicación: 1 de julio de 2022.

Para citar este artículo: Agustín Rojas, “Filosofía e historia, ¿un diálogo de sordos? Puntos de contacto en los debates en torno a la experiencia histórica entre 1890 y 1960”, *Historiografías*, 23 (enero-junio, 2022), pp. 42-68.